

CAMINO A LA ALDEA DEL SOL (Cuento paso a 1º)

1º

Debajo de un pino, vivía un duende en una casa del tamaño o mayor a un hongo. El duende un día saludó a un gnomo y éste le preguntó si era de la aldea del Sol. El duende le dijo que no.

—¿Por qué preguntas?

—Porque tienes esos ojos grandes y sonrisa, eres amable y bueno, viéndolo bien eres un poquitito corto de los brazos. ¿A ver? ¿Te alcanzas con la mano contraria la oreja, pasando el brazo por arriba sin torcer el cuello? —dijo el gnomo.

El duende hizo el movimiento, lo logró pero sí tuvo que hacer gran esfuerzo para que no se notara que casi no alcanzaba la oreja.

El gnomo vio que tocó la oreja y lo miró diciéndole:

—Deberías ir para allá. Allá hacen muebles, trabajan la tierra, cantan, van de excursión juntos, tejen con ramitas colchas para sus camitas. Te gustará.

—¿Dónde está esa aldea?

—“Del otro lado del camino” —contestó el gnomo y desapareció.

El duende vio a un ave pasar y le preguntó:

—Querida Ave, ¿sabes dónde está la aldea del Sol?

El ave revoloteaba y revoloteaba, hizo un ruido y contestó:

—Sí. ¡Qué! ¿Te perdiste? Pareces de allá.

—Hermana Ave, dime: ¿Qué hay allá, qué hacen?

El ave se suspendió un poco en el aire, lo observó y dijo:

—Viéndote bien, ¡aah! A ver enséñame tus dientes.

El duende mostró los dientes, apretados ligeramente y sonriendo para que los viera el Ave, con un poco de pena.

—Es que no sé si mordí algo muy duro. Este diente me duele un poco —señalando un diente de adelante—, parece que se aflojó. ¡Mira, mira! —moviendo un poco el diente con su dedo.

El Ave, despidiéndose, dijo:

—No temas hacer espacio para algo nuevo.

Se alejó pero no le contestó la pregunta al duende.

El duende se quedó inquieto. Pasaron los días y cuando estaba sentado en una piedra, un hada volaba por ahí, lo vio y exclamó:

—Mi querido duende, ¿por qué tan pensativo?

El duende cabizbajo le respondió:

—Hay una aldea al otro lado del camino del bosque donde hay otros como yo. Me lo dijo un gnomo.

—¿Por qué no te animas a andar el camino? Sabrás que has llegado al ver un gran árbol con grandes frutos rojos: un manzano. Habrá una manzana que te atraiga, y pídele que te deje alcanzarla y sabrás qué hacer con ella.

Te voy a decir cómo es andar el camino: habrá pequeños riachuelos donde tendrás que cruzar caminando en una ramita que se moverá a veces, pero caminarás con un pie enfrente del otro, despacito. Un pie y un pie y avanzarás. Frecuentemente tendrás que brincar con los pies juntos, dando saltos por las piedras para evitar caer en el musgo resbaladizo. Habrá un momento que tendrás que usar tus brazos para abrirte camino entre los juncos del estanque que hay que cruzar. Y también del junco tendrás que hacer una cuerda.

—¡Una cuerda! —exclamó el duende.

—Sí, una cuerda para amarrarte a la cintura y bajar por unas rocas.

Cada día sabrás que deberás avanzar el camino a buen ritmo para que no te caiga la noche y no te quedes sin encontrar un lugar seguro para pasar la noche. Habrá lugares donde no hay frutos o semillas para comer, deberás aprender a hacer pan, para que te alimentes cuando no hay nada de comida para ti.

No olvides llevar un sombrero, tus botas y tu mochila y cuidarlos todos los días para que no se te olviden. Algunos días habrá lluvia y aprenderás a esperar a que termine y continuar. Otros días: “Quieto, quieto, si pasa una culebrilla y te quiera llevar a vivir con ella.”

Cuando llegues al cruce de las hormigas, deberás esperar tu turno para que pasen y no las interrumpas. Ellas cargan su comida y llevan buen ritmo.

El duende anduvo y anduvo. Pasó el invierno, la primavera, el verano y casi llegando al otoño vio a lo lejos un árbol de frutos rojos. Eligió su manzana y continuó para entrar a la aldea del Sol.

—¡Buenos días! ¡Buenos días! —comenzó a saludar.

—¡Ah, qué bien! Trajiste una manzana ¡haremos mermelada! —exclamó un duende al ver a nuestro duende llegar.

El duende se integró a la aldea sin dudar. Descubrió que lo aprendido en el camino le dio la oportunidad de adaptarse a las actividades de la aldea: martillar y hacer casitas, a hacer tejidos útiles para el hogar, para ser paciente cuando todos iban de excursión o escuchar nuevas historias. Lo mejor, también aprendió cosas nuevas. Pero sobre todo, para el siguiente otoño aprendió a leer y a escribir su propia historia.

Aportación de Clara Quispe